

El vigilante (primer capítulo)

Hay pocas cosas que den tantas alas a la imaginación como la súbita desaparición de alguien conocido. En el caso de Alejandro, sin embargo, el hecho de su persistente y, al parecer, irreversible ausencia se produjo de tal modo que a muchos de nosotros hasta nos causó cierto malestar cuando la policía inició sus investigaciones. Yo, al menos, nunca he creído que hiciera falta ese tipo de intervención, aunque formalmente pareciese necesaria. Si alguien, digamos, que sabe nadar, se fuera al mar —a una zona, además, que es conocida por sus fuertes corrientes— y se ahogara tras haberse alejado más de un kilómetro de la costa, ¿qué sentido tendría una investigación que se limitase a averiguar si se trató de un accidente, de un suicidio, o si acaso alguien se le acercó en barca y lo mató para quitarle el reloj sumergible? Aunque no creo que Álex, en esa situación, hubiera llevado nada por el estilo. Todos conocemos ese anhelo místico suyo de entregarse a las más remotas instancias sin ninguna precaución ni equipaje. «Los mejores viajes —expuso otrora— son los ineludibles, para los que uno no se siente preparado en absoluto.»

Creo, por lo tanto, que una investigación acerca de la desaparición de Alejandro Guadé debería ser distinta de la que la policía llevó a cabo con su habitual rutina y apatía. El fallo consiste, a mi entender, en el intento de subordinar las hipótesis a los hechos para llegar a una reconstrucción lo más verosímil, lo más objetiva y lo más superficial posible. Para los que conocimos a Alejandro, el procedimiento debería ser más bien el inverso: someter los hechos a las hipótesis para percibir un soplo de aquel viento que le empujó hacia un destino desconocido. De forma que se mezclarían suposiciones, hechos e invenciones, cuya relación podría verse afectada por la aparición de datos imprevistos, con lo cual tendría que ser rectificadas posteriormente.

Este proceder, que comporta el peligro de resultar un tanto arbitrario, se convierte en algo imprescindible hablando de Álex, puesto que corresponde perfectamente a su manera de estar y no estar en el mundo. Se trata de la misma arbitrariedad aparente con la que alternaba su atención hacia lo que le rodeaba, oscilando entre una concentración casi sobrehumana y, sin transición apreciable, una ausencia descarada en la que solía tomar una de sus decisiones instantáneas y, con frecuencia, irreversibles. El día de su desaparición de Santillá, por ejemplo, estoy prácticamente seguro de que, al levantarse y quizás hasta el mediodía, él mismo ignoraba que por la tarde se iba a ir. Incluso es posible que entrase en la estación de ferrocarril por un motivo ajeno al de irse de viaje.

Ya han pasado unos años desde entonces y nadie recuerda bien la fecha de su partida. Se nombran casi todos los meses y estaciones del año. Yo me inclino por el mes de febrero, ya que una primavera inminente me parece el único marco posible para la evocación de aquel día. O, dicho de otra manera, me resulta difícil imaginar que alguien tome una decisión semejante en vísperas del invierno o en pleno verano. Acerca del año no existen apenas divergencias. Casi todos coincidimos en el año 1986.

Aquel día de febrero, pues —un viernes, veintiuno—, Alejandro se levantó tarde y con resaca. Fue a tientas por el largo pasillo hasta la cocina para beber agua. La ventana daba a un patio interior bañado por una luz lechosa que se derramaba desde lo alto de un cielo nuboso. Se escuchaban voces, el tintineo de vajillas y el agua que bajaba por las tuberías. Alejandro llenó un vaso y bebió un buen trago. El agua le calmaba la sed sin quitarle el sabor rancio de la boca. Desde el estómago le subía un calor peculiar que le provocaba pequeños escalofríos.

Con el vaso en la mano, entró en el estudio. Se sentó en un taburete y miró alrededor con los ojos hinchados, llenos de sueño, mareo y fragmentos del día anterior.

El lugar que desde hacía un par de años le servía de estudio constaba de lo que originalmente habían sido el salón y la habitación más grande del piso. Había tirado el tabique entre ambas estancias para crear aquel espacio. Era la parte más luminosa de la casa, con tres ventanales dobles que daban a la calle. Tenía techos altos, decorados con perfiles y rosetones imponentes de escayola. Los suelos de mosaico estaban tapados por papeles gruesos, cubiertos de un sinnúmero de capas de pintura. En la otra parte del piso se encontraba el baño, la cocina y, al final del pasillo interminable, las otras dos habitaciones. Esa parte era oscura y, a causa de un exceso de reformas, había perdido su encanto casi por completo.

Para quitarse el mal sabor de boca, Alejandro tomó otro trago y lo hizo circular entre los dientes. Hizo gárgaras y escupió en una lata de pintura en el suelo. Desde la calle le llegaba el sonido de un atasco de tráfico, el ruido monótono de los coches parados y la agitación repentina de bocinas. Álex sintió que la estancia se balanceaba ligeramente mientras diversos líquidos gorgoteaban por sus intestinos. Tardó un rato antes de poder fijar la mirada en algo. Era el lugar en el que almacenaba los lienzos y papeles pintados y donde ahora se hallaban sólo unos pocos trabajos inacabados o muy antiguos. Alrededor, las paredes estaban llenas de huellas de pinturas, formas cuadradas y rectangulares que se superponían como marcos pintados, acorralando distintos trozos de pared desnuda. En un rincón, al lado de uno de los ventanales, un viejo sofá, cubierto por una tela rojiza; un arcón metálico que servía de mesa y unas sillas antiguas de cocina. Encima del arcón, copas y envases de champán, latas de cerveza, una botella de whisky, catálogos de exposiciones recientes, cajas de cigarrillos vacías y dos ceniceros grandes, repletos de colillas. Allí, a las cinco y media de la madrugada, había terminado la juerga. Después de la inauguración, de la cena y de la salida al ToLoose, Álex había invitado a algunos amigos y conocidos a tomar una última copa. Y, como de costumbre, «la última» significaba unas cuantas más.

«Qué angustia —pensó mirando ese rincón que parecía una especie de refugio absurdo dentro del espacio inmenso de aquel estudio saqueado, al tiempo que advertía el aire sofocante con olor a ceniza húmeda y cerveza caliente—. ¿Por qué tanta angustia?»

Se levantó y abrió uno de los ventanales, que daban a un balcón estrecho. Abajo, entre los ornamentos vegetales del hierro de la barandilla, desfilaba el tráfico por cinco carriles. Por lo visto, había llovido esa mañana. Entre los coches y autobuses, que ahora avanzaban a trompicones, el asfalto aún estaba mojado.

Creo que en ese instante —por breve que fuese— Alejandro experimentó una especie de certeza absoluta. Con las manos apoyadas en el barandal, contempló su entorno sin fijarse en nada en particular, sin valorar nada, ni ponerse en lugar de nadie. Miró al mundo con la misma indiferencia, con la misma falta de prejuicios con la que a él se le presentaba. Esa manera de ausentarse de sí mismo era algo peculiar de su modo de ser. Había momentos en los que su yo parecía flotar en otra parte, como una cometa atada a él. Se volvía transparente entonces, aunque a la vez más presente que nunca.

No sé explicarlo mejor; pero el caso es que estoy convencido de que aquel día, en el balcón de su casa, se produjo uno de esos actos secretos de comunión entre él y el mundo,

y que Alejandro, por unos segundos, debió de sentirse como un rey. Como un rey distraído de un reino ausente, contagiados ambos por esa luz gris que caía del cielo y por la certeza de que cualquiera —con absoluta independencia de las diferencias de edad, sexo, raza, aspecto, inteligencia, poder, talento, conocimientos, cultura u origen, y con igual derecho que él en ese instante— se podía nombrar rey del mismo reino.

Insisto en la importancia de esa especie de lucidez fortuita que iluminó a Alejandro entonces, por el simple hecho de que, poco después, salió de casa y no volvió nunca más. Recogió las botellas y las cenizas de la noche anterior, se aseó y se preparó un café. Lo tomó deambulando por el pasillo y el estudio, dejó la taza en el fregadero, se puso los zapatos y la gabardina y salió. No llamó al ascensor, bajó los cinco pisos andando, muy lentamente, peldaño a peldaño, con náuseas y ligeras palpitaciones en la frente y en las sienes todavía, y un resto considerable de alcohol en la sangre.

Al abrir el portal, el ruido de los coches le golpeó la cara. Un autobús paró enfrente e, inclinándose ligeramente hacia un lado, derramó sobre la acera su carga de gente que se desparramaba hacia ambos lados intentando abrirse paso entre los demás transeúntes. Alejandro se dirigió hacia la derecha y recorrió media manzana antes de decidirse por una dirección determinada. Caminaba con los hombros encogidos, las manos en los bolsillos, pegado a las paredes, mirándose los pies que, poco a poco, adquirirían un ritmo más afianzado.

Empezó a lloviznar. Alejandro andaba más recto ahora, gozando del frescor y del ligero picor de la lluvia en la cara. Le sentó bien andar. El aire húmedo le llenó los pulmones y le ayudó a esputar una mezcla de flema y alquitrán.

Cuando llegó a la avenida Begristán advirtió que llevaba andando más de media hora. No estaba lejos de la galería Muller, punto de partida y causa del exceso de la noche anterior. Entró en una farmacia y compró un analgésico. Después fue al bar que había enfrente de la galería para pedir agua. Era un local sencillo en el que solían comer los empleados de un taller de motos y de otros establecimientos cercanos. Los mecánicos estaban ya con el café y las copas. Parecían fuertes y sanos; fumaban y hacían bromas que entretenían a medio comedor.

Todas las mesas estaban ocupadas y, aunque quedaban libres algunos taburetes, Álex se quedó de pie cerca de la puerta, el codo apoyado en la barra. El humo empezó a marearle de nuevo y el corazón le daba badajazos en el pecho. Pidió un botellín de agua y

el periódico. Después miró por la puerta hacia el otro lado de la calle. Detrás del cristal, la galería estaba en penumbras. Abriría de nuevo a las cuatro de la tarde.

«¡Al menos podrían haber dejado las luces!», fue lo primero que le pasó por la mente mientras las sienas le latían de nerviosismo y rabia. Para tranquilizarse se masajeó ligeramente el corazón por debajo de la gabardina. Casi se le paró cuando advirtió que por fin habían instalado el letrero de dos líneas en medio del escaparate: ALEJANDRO GUADÉ. OBRA RECIENTE.

«¡Y qué!», pensó inmediatamente, procurando frenar la ola de orgullo y soberbia que le invadió al instante. De hecho, contemplar su nombre allí enfrente, escrito con letras negras espaciadas, calmó poco a poco su corazón excitado.

ALEJANDRO GUADÉ. OBRA RECIENTE.

Entornando los ojos, comprobó los espacios entre las letras, el interlineado, la relación de las dos líneas con el resto de la ventana, el tipo de letra. No había ninguna falta de ortografía, y con la luz interior encendida aún se vería mejor.

ALEJANDRO GUADÉ. OBRA RECIENTE.

Álex se frotó los ojos y volvió a mirar por la puerta con la cabeza inclinada hacia un lado.

No, no estaba mal. Después de tantos problemas con el montaje de la exposición, eso parecía haber ido solo. No para el día de la inauguración, pero bueno...

Se giró para tomarse el analgésico. Después cogió el diario, buscó la sección de cultura y la barrió cuidadosamente con la mirada. Era del todo improbable que ya hubiese salido alguna crítica, pero nunca se sabe. Tras la última exposición, una colectiva en la que expuso junto a los artistas más cotizados de Santillá —que entonces ya era una de las ciudades más prolíficas y competitivas del país en diseño y artes plásticas contemporáneas—, los críticos mostrarían mucho interés en su trabajo.

En la cartelera encontró lo que buscaba:

«Galería Armando Muller. Lavaderos, 37. Alejandro Guadé. Obra reciente. Del 20 de febrero hasta el 31 de marzo».

De nuevo se le hinchó el ego de un orgullo insoportable, poniéndosele la carne de gallina, seguido por unas grandes gotas de sudor frío que caían de los sobacos y rodaron por las costillas. Era un anuncio que la galería había puesto aparte: blanco sobre negro, no muy grande, pero mil veces mejor que un ingreso vulgar en la cartelera.

Fijando la mirada en la tinta de imprenta que bordaba su nombre, volvió a calmarse. Después hojeó las demás páginas de la sección de cultura; al buscar nada más que su nombre, no se había enterado de nada.

Henriette Ncombo había muerto, una escritora, por lo visto bastante famosa (le dedicaron dos páginas y media). Aparecía una foto grande en la que tenía algo más de sesenta años. La imagen inevitable —gafas gruesas y detrás de un escritorio repleto de libros y folios mecanografiados— pero con una expresión realmente inquietante en los ojos y alrededor de la boca. Había más fotos de ella, de otras épocas. Una crítica mediocre de una obra de teatro. Otra, muy buena, de un concierto de *reggae*. Una entrevista con el protagonista de la próxima película de Douglas Bessini.

Alejandro cerró el diario, leyó por encima la portada, que hablaba casi exclusivamente de balances, estadísticas y ajustes económicos, y lo dejó doblado sobre la barra. Los mecánicos se habían ido y el ruido había disminuido considerablemente.

Mientras su mirada se perdía en la figura de una mujer que comía sola en un rincón, Alejandro empezó a soñar con los artículos necrológicos que se escribirían tras su propia muerte. ¿Cuánto espacio le dedicarían? ¿Sería capaz de abrirse un hueco entre los artículos en primera plana? Intentó imaginarse la foto que pondrían, el tamaño y la expresión que tendrían sus ojos. ¿La de una serenidad sabia e intangible? ¿O la de una inteligencia cínica, intransigente y llena de amargura? ¿O tal vez la de una curiosidad e inquietud invencibles, como las que acababa de apreciar en las fotos de Henriette Ncombo? Y, al fin y al cabo, ¿qué dirían de él?, ¿y qué valor darían a su obra?

Llevaba un tiempo haciéndose ese tipo de preguntas, cuando la mujer de la mesa levantó la mirada, los ojos fuera de las órbitas. Por lo visto acababa de tomar un bocado muy caliente y tenía reparo en devolverlo al plato. Alejandro se giró discretamente y miró de nuevo a la calle, donde su vista se enredó enseguida con lo mismo.

ALEJANDRO GUADÉ. OBRA RECIENTE.

Esta vez, no se le puso la carne de gallina, ni le invadió un sudor frío. La decisión de titular esta exposición simplemente «obra reciente» no estaba exenta de ironía, puesto que la gran mayoría de cuadros ni siquiera estaban secos. Había trabajado día y noche para llenar las paredes de la galería. Cuando le llegó la propuesta de exponer allí, se había quedado prácticamente sin obras. Igual que ahora. Era la segunda vez que los acontecimientos se le adelantaban, teniendo ya el siguiente compromiso. Una galería menos grande y menos importante, pero tampoco podía permitirse el lujo de perder el tiempo. Tendría que volver a empezar la semana próxima.

Al contemplar su nombre, ladeó nuevamente la cabeza.

ALEJANDRO GUADÉ.

Era ésa la combinación de letras que formaba el código de identificación de su persona. Uno entre muchos. Una serie de letras (así se lo pareció en ese instante) en el fondo arbitraria, casual. Podría haber sido un número también, o una combinación de números y letras. ¿Por qué no? Como la matrícula de un coche. U otro nombre en lugar del suyo. Un nombre artístico, un seudónimo, o el de otra persona.

¿Qué pasaría si en vez de su nombre estuviera puesto otro en esa ventana? Y en los periódicos. Otro nombre que se refiriese a esta misma exposición de cuadros húmedos. ¿Qué efecto tendría eso en su relación con aquellos cuadros y consigo mismo?

«Ninguno —concluyó Alejandro sus reflexiones, de nuevo víctima de su poderosa soberbia—. Me daría exactamente lo mismo.»

Distanciarse de su nombre de esa manera, contemplarlo con esa aparente frialdad, alivió un tanto una presión que, a la larga, quizás no resistiría. Advirtió también una suerte de eco lejano de aquella sensación que se había apoderado de él en el balcón de su casa: él, Alejandro, rey del mundo y del universo, rey entre reyes, entre reyes y reinas, privilegiado entre privilegiados y hasta en sus células más diminutas parte del mundo, inconfundiblemente fundido con todo.

«¿Por qué, pues, tanta angustia? —volvió a preguntarse—. Tanto trabajo, tanta energía, tanto tiempo (en fin: tanta vida), ¿todo eso con el único objetivo de que tu nombre se convierta en una especie de marca registrada, detrás de la cual puedas esconderte, descansar y, a lo mejor, un buen día, desaparecer y librarte de ti mismo?»

Con la mirada perdida en el letrero, sacudió instintivamente la cabeza. ¿Para qué esperar algo, luchar por algo durante quién sabe cuánto tiempo, algo que, en el fondo, estaba a su alcance en cualquier momento?

Se pasó la mano por la cara y bostezó vehementemente. No sabía qué le ocurría. Estaba ofuscado, aunque su corazón le transmitía señales inequívocas. Y no se encontraba con fuerzas para rechazarlas o, al menos, defenderse de ellas alzando pancartas con algunos de los antiguos razonamientos con los que solía explicarse esa mezcla dolorosa de su vida libre y misteriosamente condicionada al mismo tiempo. Estaba tan exhausto que ni se acordaba bien de los motivos originales que le habían llevado allí.

Serio y ensimismado salió del bar y, haciendo caso omiso de la galería, se perdió por las calles estrechas de Trasana.

La luz de un sol blanquecino asomó entre las hileras de casas y comenzó a secar el pavimento. Alejandro andaba algo más deprisa y a paso más ligero. De vez en cuando miraba hacia arriba, hacia los tendederos de los balcones, cubiertos por grandes trozos de plástico que crujían por el viento que se había levantado, una brisa que ya contenía el perfume de la primavera.

Las calles de Trasana crean una red laberíntica, y aunque Alejandro conocía cada rincón, siempre le gustaba hacerse el forastero y dejarse llevar por la estructura propia de aquel barrio. Trasana tiene fama de tentar a cualquiera que se le acerque a olvidar sus planes y propósitos, a adentrarse y recorrer todas sus callejuelas con el único fin de dejarse extrañar y maravillarse por su belleza decadente y sucia, y, a lo mejor, proporcionar a uno de sus habitantes un modesto ingreso a través de alguna ratería. Pasearse por Trasana hizo recordar a Alejandro los primeros días después de su llegada a Santillá; la ilusión y la ansiedad que sentía por conocer la ciudad. Ahora lamentaba un poco la prisa que tenía entonces en ocultar que era de la provincia, de una ciudad mediana sin mayor interés, a unos ciento cincuenta kilómetros de la capital. Tenía la impresión de haberse comido el gran pastel que Santillá había representado para él, de haberlo devorado hasta la última miga.

Se detuvo en una esquina y apoyó la espalda contra la pared. Aspiraba el aire fresco y húmedo con toda la mezcla de olores a comidas exóticas, polvo mojado, primavera, basura y ropa recién lavada. Un perro minúsculo zigzagueó por una de las calles, dejando unas gotas de pis al pie de un letrero, de una papelería, y en los zócalos de las casas. Los comercios aún estaban cerrados y había poca gente por la calle. Unos niños habían bajado después de comer y jugaban a baloncesto. A modo de canasta, utilizaban una silla vieja sin asiento, enganchada en la persiana metálica de un taller contra la que rebotaba la pelota, provocando un ruido estremecedor que se sumaba al de los gritos despreocupados de los niños. Alejandro cerró unos momentos los ojos. Aún sentía los latidos fuertes de su corazón, aunque el dolor de cabeza había desaparecido casi por completo. Los sonidos y olores de la calle le inundaron con toda su dulzura violenta, apretó las manos contra la superficie áspera de la pared y, detrás de los párpados, los ojos se le llenaron de lágrimas, que se deslizaban por el envés de su rostro inalterado hacia la garganta.

Mientras intentaba controlar o, por lo menos, soportar esa tristeza repentina, descubrió en el fondo de ese dolor un sentimiento de alivio y de gratitud, y el anhelo incoercible de ser libre y feliz. Como toda alma mística, se volvía al dolor, se aferraba a él

como el indicador más infalible de que es preciso abandonar el camino en el que uno se encuentra.

Al abrir los ojos vio la placa de la calle en la que estaba, un rótulo antiguo de chapa esmaltada que indicaba: CALLE BOJADAS; JORGE BOJADAS RADAL, BIÓLOGO, 1812-1858. Y de nuevo su mente sustituyó aquellos datos por los suyos, incluyendo la fecha hipotética de su muerte: CALLE GUADÉ; ALEJANDRO GUADÉ FUENTES, PINTOR, 1955-2030.

«Ser famoso —había leído una vez— significa que otra persona bajo tu nombre se ha hecho famosa.» ¿Y estaba él, Alejandro, realmente dispuesto a rendir el tributo necesario a ese doble bajo su nombre? ¿Era capaz de creer en ese artificio que se desprendía de sí mismo?

Resulta conveniente revisar aquí una de las conjeturas que hice al afirmar que fuese posible que Álex entrara en la estación por un motivo ajeno al de irse de viaje. Ahora, en cambio, parece obvio que la semilla de su decisión de pasar por lo menos aquel día o fin de semana fuera de la ciudad, ya se encuentra en esa situación en la que, con los ojos cerrados, estaba pegado a aquella pared. Sólo tenía que confiar un poco más en la sagacidad de sus zapatos, y el camino a la estación sería inevitable, si no imprescindible.

© C. Ahrenholz